

Revista del Instituto Nacional de Enfermedades Respiratorias

Volumen
Volume 14

Número
Number 4

Octubre-Diciembre
October-December 2001

Artículo:

El residente: el príncipe de los hospitales

Derechos reservados, Copyright © 2001:
Instituto Nacional de Enfermedades Respiratorias

Otras secciones de
este sitio:

- 👉 Índice de este número
- 👉 Más revistas
- 👉 Búsqueda

*Others sections in
this web site:*

- 👉 *Contents of this number*
- 👉 *More journals*
- 👉 *Search*



medigraphic.com

El residente: “El príncipe de los hospitales”

Raúl H. Sansores *

Recuerdo que una vez alguien ajeno a la Medicina me preguntó que ¿qué era un residente? Entonces le dije que era un médico que estaba haciendo un entrenamiento para ser un especialista. Eso fue hace muchos años. En realidad solamente trataba de autodefinirme, pues la pregunta me la hicieron después de que yo mismo me había presentado unos minutos antes como un residente de *Neumo*. Pasado el tiempo, comprendo que mi visión estaba limitada por mi propia experiencia. Es decir, entonces solamente tenía el conocimiento parcial de lo que yo era. Al paso de los años y después de ver cómo crecen y cómo se convierten en maravillosas aves que inundan el cielo de hospitales con alas repletas de conocimientos e ideas de amor y esperanzas, mi definición del residente ha cambiado. Con mis nuevos 20 años de especialista entiendo ahora que hay muchas formas de definir a un residente. Quizás hay unas mejores y otras peores.

Sin embargo, creo que la más descriptiva es la que dice que es el *Príncipe de los hospitales*.

El residente es el ente que, con más frecuencia corre dentro de los hospitales al punto que también se le puede describir como el atleta de los corredores que siempre tiene prisa para llegar, pero también de pensar antes de llegar. Es aquél que por las noches camina solo y tiene en la mente una solución, un medicamento, un diagnóstico y a veces sólo la ilusión de que su paciente se aliviará. Cuando camina, es quien menos se percata del cansancio que sus pies marcan cuando simplemente se deslizan sus zapatos blancos y es el único que sabe que, de su lucidez depende que esa noche, al menos solamente por esa noche, una vida no se apague.

¿Quién no recuerda en un residente sus ojos de esa primera vez cuando entra a la oficina de Enseñanza? ¿Quién no recuerda esos pasos inseguros en esa oficina que al paso de los años se transformarán en los de un *Señor R-3* en cuya simple presencia, se alivian las insegu-

ridades del R-1 y las prisas que tiene por ayudar la enfermera que está en turno?

Los ojos del residente representan la visión que del futuro la salud tiene y el sueño perpetuo de los santos de iglesias que nunca duermen. El residente es el cazador nocturno cuya única lámpara es su libro de bolsillo de donde con certeza saca el diagnóstico que presumirá por la mañana. Es el guerrero apasionado e incansable que ausculta los latidos del mundo cada vez que despierta. Con el estetoscopio anuncia la esperanza de oír “ya estoy bien doctor” y con su bata la confianza de ese “en sus manos pongo mi vida doctor”. La noche es su reino y su omnipotencia efímera solamente la limita su capacidad de compasión ante el llanto, el dolor o la falta de aire.

Su arma más valiosa es la Fe de que Dios le ayudará y su oración se parece a la que diariamente dice “sólo por hoy seré el evangelista de la ciencia y mis conocimientos serán sosiego y consuelo para quien confía en mí”. Sus ojos, más veloces que santos, están siempre ávidos del “algo” llamado signo o síntoma que solamente los que viven al ritmo de la ciencia conocen; a diario aprende que tiene que aprender algo nuevo, siempre y diario porque sabe que su devoción por el mundo no entiende dogmas sino conocimientos probados. Los residentes son los apóstoles de Dios para dar salud. Aunque saben que todo se lo deben a Él, también saben que el precio es su desvelo, es el estudio y la seguridad de que cuando amanezca será solamente la señal de que hoy como ayer, estamos aquí para aprender, para ver a través del dolor que aún falta mucho por saber. Por eso, el Residente estudia todo el día todos los días o al menos, se lamenta todo el día de no haber estudiado ayer. Porque nadie mejor que él comprende el valor del saber de un día. Bien sabe que lo que no se aprende hoy no se enseña al otro día. El residente es el puente entre la opinión dogmática del maestro y lo que se tiene hacer. Es un pontífice de la salud cuando él, como único compañero de la noche, queda aislado del sueño del profesor y de su consejo, eternamente bueno, perennemente útil.

* Jefe del Departamento de Investigación en Tabaquismo y EPOC. INER

En el Reino de la Ciencia, en donde lo que se generan son los conocimientos de vanguardia para preservar o devolver la salud, el residente es el primer mensajero. En la Medicina, que simplemente procura que la asistencia y la atención sean oportunas, de excelencia

y calidad, el residente es su mejor joven y novel embajador y en el Hospital, que es el Reino en donde se resuelven para bien o para siempre los vaivenes del dolor y la enfermedad, el residente es sin duda, su príncipe: “El Príncipe del Hospital”.